

DOBLE MUSA DARIANA

Miguel Sánchez Astudillo, S. J.
de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

Si este modesto hombre de letras no hubiera sentido nunca vanidad, empezaría a sentirla en estos momentos. De qué pudiera ufanarse en esta tierra, ante este auditorio, de este tema. Y porque temo que tierra y auditorio vayan a hacerme competencia en la vanidad, si les digo las razones por las cuales me la inspiran a mí, opto por la solución ingenua de acallarlas intimamente dentro del corazón, para ceder sin más a la tentación gloriosa del gran tema dariano.

Hablar de Rubén Darío es hablar del agua, del aire, del pan. Lo respiramos, lo bebemos, nos nutrimos de él. "Quién que es no es romántico", dijo una vez el poeta, y con el mismo derecho podemos nosotros pregonar: —¡Quién que es no es dariano! Era un aire suave... La Princesa está triste... Padre y maestro mágico... Ya viene el cortejo... ¡quien, oído uno de estos primeros versos, no sea capaz de continuar de corrida la estrofa, no existe, no ha nacido aún: ¿quién que es no es dariano?

Lo sorprendente cuando se estudia a Darío es que habiéndose dicho tanto acerca de él, queda aún tanto por decir. No se agota el río porque todos beban de sus ondas; no se agota Rubén porque grandes y pequeños se atrevan con sus hontanares. Y esto es lo que da confianza al lector sencillo para exponer apaciblemente ante los grandes poetas y críticos aquí presentes, algunas observaciones que le han ocurrido sobre la poesía de Rubén.

Sabemos que él es poeta múltiple. Objetivo en la *Sinfonía en gris*, subjetivo en la *Dulzura del Angelus*. Refinado en *Era un aire suave*, cándido en *Del trópico*. Solemne, profético, en la oda *A Roosevelt*; llano y juguetón en el *Caso*.

De las numerosas oposiciones darianas que darian materia halagüeña para un ensayo comparativo, he escogido la que me parece más fecunda y de mayor alcance. Quiero poner frente a frente su musa resonante y su musa íntima. Epica y lírica, diríamos, tomando los términos con cierta holgura. ¿Cuál de las dos vale más en él? O —si hay irrespeto en plantear las cosas de este modo— ¿es la primera o la segunda la que más contribuye a hacer de Darío eternamente nuestro Poeta?

Digresión.

Pero al ruido que hace esta pretenciosa pregunta, despierta acaso dentro de nosotros el filosofillo escéptico nunca sino a medias dormido, para apostrofarnos con su interrogación desafiante: —¡Alto ahí!, nos dice ¿por qué problematizan Uds. sobre la cualidad, cuando no han problematizado aún sobre la esencia? Previa a todas las cuestiones que se quieran tratar sobre grados poéticos, ¿no está la cuestión radical sobre la poesía misma?: ¿poesía, poesía! ¿pero qué es al fin la poesía? ¿That is the question!

Nos encontramos, —dirían los griegos— en una aporía auténtica, en un sin salida que no puede ser más radical, pues afecta a la noción misma de poesía. Cuando digo: "Tengo en mis manos un papel", sé lo que es un papel; de lo contrario sería un contrasentido afirmar que le tengo en mis manos. Pues en este contrasentido incurrimos cuando hablamos de poesía. ¿Quién no dice: "He leído una poesía; me gusta la poesía; esto es mediana, o alta poesía? En todas esas afirmaciones doy por supuesto saber lo que es la poesía, lo que con el nombre de poesía designo. ¿Pero lo sé? ¿Lo sabe alguien hasta hoy? Quien diese una definición universalmente satisfactoria de lo que es la poesía, se ganaría una estatua en todas las Academias del mundo!

Qué poco se ha andado en este camino. De Platón a Maritain, no ha habido apenas filósofo de nota que dejara de especular sobre el tema. Teorizantes de temperamento metódico —un Vico, un Baumgarten, un Schelling— incluyen la poesía en una estética que es una verdadera filosofía, mientras los temperamentos místicos —Pater, Haslick, De Sanctis, Brémont sobre todo— se niegan a admitir en ella nada que con la filosofía pueda relacionarla.

¿A dónde nos ha llevado tanta disquisición? A ninguna parte: nadie ha sido capaz de librar-nos de la perplejidad en que nos encontramos, y que tanto tiene de común con la postura en que se hallaban los eleáticos ante el gran problema ontológico.

No hay sino un único ser —argüía el genio de la Problemática, Parménides, hace dos milenios y medio— pues de haber varios, tendrían que distinguirse entre sí precisamente por el

ser, es decir por aquello mismo que los identifica, lo cual es absurdo. Y hubo que esperar hasta Aristóteles para que esa encrucijada metafísica tuviese una salida en su concepción potente de la analogía. El ser —resolvió él— no es un concepto unívoco sino análogo: no se realiza en las varias realidades de una manera completamente idéntica, sino de un modo que es a la vez idéntico y diverso. La pluralidad de seres es, de este modo, compatible con esa unidad imperfecta del concepto de ser.

Pues bien, para llegar un día a entendernos sobre la noción de poesía, ¿será audacia excesiva insinuar una exploración, no intentada hasta el presente, por esta vía sutil del concepto analógico?: el punto muerto en que nos encontramos, ¿no se deberá a que se ha manipulado siempre el concepto de poesía como si se tratase de un concepto unívoco, siendo así que es acaso tan solamente análogo?

Lo cual equivale a cuestionar: ¿No será que con este término POESÍA, designa cada uno una experiencia interior exclusiva e intrasferiblemente suya? Esa experiencia es igual en algo a la de todos: alude a cierto gozo intenso producido por el poema. Pero es a un tiempo diversa, porque ese gozo peculiar es producido en mí por tal aspecto del poema, y en otro por un aspecto distinto. O sea que, en efecto, con la misma palabra POESÍA designa cada uno una realidad que es a la vez igual y diversa que la de otro: en lo cual consiste cabalmente el concepto análogo.

Pero basta de metafísicas! La sombra semipiterna de Hamlet se ha perfilado ya en la superficie, y empieza a bisbisear su sarcástico comentario, —words, words, words... ¿No nos ponemos de acuerdo en las teorías? No importa demasiado, con tal que nos pongamos de acuerdo en los hechos.

Siquiera provisionalmente, pues, mientras le nace a la poesía su propio Aristóteles, adoptemos también nosotros —ya que en ambiente helénico estamos respirando— la pragmática solución que Diógenes el Cínico adoptó ante los agudos zenonistas en uno de los más antiguos problemas de la Cosmología.

El movimiento es imposible —le canturreaban los terribles sofistas. Si una tortuga está a diez pasos de Aquiles, el de los pies ligeros nunca podrá alcanzarla. Para hacerlo, tendrá que avanzar primero la mitad, es decir cinco pasos. Y para esto, debe avanzar antes dos pasos y medio, y así sucesivamente, de mitad en mitad. Pero como la extensión es indefinidamente divisible, resulta que la meta de los diez pasos se verá indefinidamente diferida, con lo cual es evidente que Aquiles no alcanzará la tortuga jamás.

Diógenes miró a los tentadores como quien era, es decir cínicamente, y salió de su tonel. “¿Conque es imposible el movimiento?”, dicen

que dijo. ¡Bah!. Y echó a andar con contoneo, dejando plantados a los teóricos: el movimiento era evidentemente posible.

Pues así nosotros ahora, en esta plácida evocación del ágora. Más quiero sentir la poesía que saber definirla —digamos, recordando a Tomás de Kempis. ¿Qué es poesía? Pues poesía... ¿es lo que hace Rubén Darío: voila! ¿No es la evidencia el tope final de toda elucubración filosófica? ¿Y qué es evidente en poesía, si no lo es el hecho deslumbrador de la poesía dariana?

Con todo derecho podemos, pues, y debemos partir de la realidad poética de Rubén, para adentrarnos en la averiguación antes propuesta: ¿cuál de sus dos poesías trasciende más las limitaciones temporal y espacial: la lírica o la épica?

Su doble género.

Rehagamos con la memoria una de tantas travesías como ha hecho nuestra devoción por los mares poéticos del Nicaragüense. Evoquemos primero el avatar de sus líricas efusiones. El pesimismo omarkayámico —al comienzo, individual; luego, progresivamente humano y etuménico de *Lo fatal*. El aire *penseroso*, a media voz, del primer “Canto de vida y esperanza”: Yo soy aquel que ayer no más decía... La exultación tristealegre de “Juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver / cuando quiero llorar no lloro, y a veces lloro sin querer”. Y los cuartetos lánguidos del *Nocturno*: los alejandrinos bucólicos de *Allá lejos*; el intimismo cósmico del *Eheu*. Qué traspasados de silencio y misterio nos dejan esos trances recónditos.

Y entonces damos el salto al otro mundo. En nave de astronauta emigramos del Rubén sufrido al Rubén gaudente. Eludimos la flauta de su véspero y nos entregamos a la inebriación dorada de su báquico mediodía. ¡Soy un hijo de América, soy un nieto de España!, clarinea en *Los cisnes*. ¡Yo no estoy en un lecho de rosas!, clama por allí Guatemoc. Retumba el mesianismo vibrante de la Salutación del optimista. Y, en simbolismo tan fecundo como el de Prometeo, pero más radiante que él, “írguióse la alta frente del gran Caupolicán”.

¿Cuál de las dos estaciones darianas —el otoño, o el verano— se apodera más de nosotros? ¿Nos rinde el felibre, o el vate? El poeta que nos inflama, impulsa y gobierna ¿es el introvertido semihuérano de Metapa, o más bien el andarín triunfante y extravertido, el demiurgo eufórico, el anheloso heraldo?

Toda una cuestión de crítica universal queda planteada aquí, a propósito del caso de Rubén. Si estuviera en estos instantes ante mis alumnos de la Universidad de Quito, más bien que ante este coro imponente de maestros, yo me aventuraría a sentar acaso una proposición audaz. Recorramos mentalmente los poetas del mundo, dividiéndolos —como los escrituristas

dividen a los profetas bíblicos— en mayores y menores. Homero, Dante, Goethe, Claudel, entre los primeros. Entre los segundos. —siempre con jerarquía universal, desde luego— Safo, Catulo, Petrarca; Bécquer, Keats, Rimbaud.

Pues bien, observemos una curiosidad: los grandes poetas son fundamentalmente objetivos, épicos; los otros, más bien subjetivos, líricos. Demos un paso más.

Tanto entre los mayores como entre los menores, hay poetas de doble género: cultivan la lírica y la épica. Y en ellos la curiosidad resulta más intrigante todavía: los grandes deben su grandeza ante todo a lo que hay de épico en ellos; en los otros, al contrario, es la lírica lo verdaderamente valioso. El gran Virgilio es maestro en una y otra musa, pero su trascendencia inmortal la debe a su visión épica del destino de Roma. Un Ronsard, en cambio, un Víctor Hugo sobre todo, apenas si se libra de la retórica al cantar lo objetivo, y no da con la nota genuinamente humana sino en la canción íntima.

He aquí, pues, la proposición a que quisiera atreverme: la historia de la poesía parece mostrar que el campo propio de los poetas supremos es la épica, y la lírica el de los otros. El universo es mayor que el individuo, y por eso el gran poeta trasciende por instinto el campo del yo, y se identifica con la humanidad y con el cosmos para cantar en nombre de todos, hecho nada más que una boca del mundo. ¿Cuál es la situación de Rubén Darío ante este fenómeno general?

Tesis.

La respuesta me parece clarísima, y no creo que en esto puedan contradecirme los insignes darianos que me escuchan. El caso de Rubén se inserta sin vacilaciones en el enunciado que acabo de proponer, sirviéndole a la vez de corroboración halagüeña: grande, inmenso, supremo poeta, Darío debe su grandeza ante todo a lo que hay de épico en él. La soberanía poética que el Nicaragüense sigue ejerciendo en nuestro mundo, no deriva del lirismo, egocéntrico por hipótesis, de sus sonatas íntimas, sino de los himnos que a pulmón lleno entonó, juglar gigantesco, en representación de nuestra stirpe, de nuestra lengua, de toda nuestra comunidad.

Rubén Darío, —esto es tan evidente que ha llegado a ser un tópico ya es el cantor de todo el mundo hispánico. Interpreta nuestro ser plural con su grandeza y su miseria, con su problemática y su eurística, con su tragedia y su apoteosis. Y esto tiene consecuencias absolutamente tangibles en la realidad inmediata de nuestra evolución política.

Después de cincuenta años se hablará de nuestra generación como del tiempo en que se gestó la patria grande. "Por entonces comenzó Hispanoamérica a comprender la tragedia de su pluralidad política, y se resolvió a conquistar

su unidad a cualquier precio", es lo que más o menos se dirá. En un mundo que se internacionaliza progresivamente, los pequeños estados nada tienen ya que hacer, y el único medio de sobrevivir como pueblos es formar la corporación potente que la misma naturaleza ha constituido.

Mas una patria no empieza a existir porque la conveniencia de los tiempos lo decreta. Preexiste a toda exigencia circunstancial, pero sólo se traduce en hechos cuando ella misma toma conciencia de su intrínseca identidad. Esta colectiva toma de conciencia la presiden los espíritus superiores que la fermentaron previamente en su propia intimidad, y aquí es donde Rubén Darío tiene en la gestación de la gran patria Hispanoamericana el papel excepcional que le atribuimos al llamarle, sin ambages ni reticencias: ¡Rubén Darío, padre de la Patria Grande!

La poesía rubendariana es el documento de identidad de Hispanoamérica; sus estrofas, la partida de nacimiento de la Patria Mayor. Al hablar de las "íncultas razas ubérrimas", nos ha dado él, no sólo la percepción de nuestro destino común, sino el amor y el orgullo de la comunidad mestiza que formamos. Lo que antes era soberbia ibérica en los unos y rencor indio en los otros, lo fundió él en una tercera sustancia depurada, en la que se basa ahora el sentimiento de nuestra integrada verdad.

Su vida misma lo predestinó a tal misión. De país en país peregrinó por nuestro continente, naciendo tantas veces cuantaba de domicilio, para ir adquiriendo así paulatinamente la ciudadanía común que había de proclamar en su canto. "Hijo mío" lo llamó enternecido el cubano Martí, y se lo dijo precisamente al abrazarlo en Nueva York, como renunciando su acuerdo con el épico desafío a Roosevelt que en los *Cantos de la vida* habría de rugir pronto en la sonora garganta del choro-tega.

Lo que fue la Biblia para Israel, lo que fue para Grecia la *Ilíada*, eso es para Hispanoamérica la obra de Rubén. Ella es el molde en que fraguó nuestra estatua ontológica, y por eso cuando alguna duda ocurra sobre nuestra idiosincrasia genuina, a sus versos habrá que acudir para esclarecerla.

Química de Rubén.

Gran químico Rubén, para haber precisado en la intuición certera de sus cantos los ingredientes legítimos que integran el ser de Hispanoamérica. Y la primera sustancia que exalta es desde luego la de arcilla indígena.

Esto no tiene gracia ahora, cuando el indigenismo es ya un *slogan* manido. La tenía, y mucha, en los tiempos de Rubén, inmersos todavía en los prejuicios de inferioridad que tanto habían hecho sufrir a nuestros criollos del período colonial. Llamar a uno indio era bal-

dón con que se ataban las manos al más capaz, y fueron necesarias todas las fuerzas de un Darío para romper las viles ligaduras.

Rubén proclamó gallardamente su ascendencia autóctona, y mostró con hechos que el tener sangre morena no era sino un privilegio de renovada fecundidad. En alejandrinos ubérrimos cantó al Caupolicán de su Azul, y en el indio chileno quedan consagrados a un tiempo Atahualpa. Quatémoc y demás héroes aborígenes.

Pero Rubén —y esa es la diferencia con los indigenistas de mala fe— no incurrió jamás en el sectarismo de presentar lo indígena como un excluyente de lo hispánico. Presenta, al contrario, lo cobrizo como una esencia incompleta que reclama el integrante blanco para alcanzar su plenitud, igual que el H pide a gritos el O para formar el agua. América bautizada, India más Hispania cristiana, esa es la fórmula verdadera del patriotismo de Rubén.

En Francisca Sánchez, campesina de Avila, halló la compañera de su vida, y a ella dirigió la imploración suprema: —¡Francisca Sánchez, acompáñame! Españoles fueron varios de sus maestros jesuitas. España le acogió y honró espléndidamente, y hasta ahora le agradece la revitalización literaria que Darío le dio. Tan lejos estuvo de renegar él de la madre patria, que se inventó una frase en la que se designaba a sí mismo como un “español de América y un americano de España”.

La expresión es bella y exacta. Podría inscribirse como epígrafe en una edición de Rubén, y sería por sí sola el mejor prelude a las admirables e innumerables profesiones de hispanismo mestizo que se pueden cosechar sin esfuerzo en la rica vega dariana.

Mas el indigenismo hispánico de Rubén no llega a su síntesis completa sino con el tercer elemento de nuestra nacionalidad: el ecumenismo. El término está de moda desde el Vaticano II, pero el concepto es ya añejo, y ha tenido sus pregoneros en grandes apóstoles pasados. Rubén Darío es de los más fogosos.

Absorbió con fruición savia francesa, y a través de ella se sintió hijo de Europa primero, y luego deudor de la cultura grecorromana, de la civilización de Oriente, solidario del universo entero: su cósmico Eheu es de ello buen testimonio. Mas no sólo sentía este enraizamiento como un hecho personal sino como fenómeno biológico que debían vivir cuantos pretendieran ser humanos de verdad. Soñaba un porvenir espléndido para su patria indohispánica, y por eso la quería inserta en el total tronco de la humanidad misma.

Conclusión.

He aquí por qué sentimos propio a Darío. Cuando un intelectual de Hispanoamérica anda por esos mundos de Dios, lo primero que hace es blasonar del inmenso nicaragüense que todos hemos robado a Nicaragua, para proclamarlo a los cuatro vientos “nuestro Rubén”. Fue lo que hizo este servidor —lo declaro con buen descaro— en la Universidad de Hamburgo, en la Universidad de Liverpool, allá por el año de 1962.

Recuerdo bien mi aventura británica en aquel febrero invernal. El decano Sloman me había pedido que disertase sobre los grandes de mi patria, y yo incluí en mi aceptación el nombre de Rubén. How nice, empezó Mr. Sloman con su típica ironía de Lancashire, al manifestarme su extrañeza. Y yo le expliqué que sí señor, que Darío es un auténtico grande de mi Patria, y él hubo de reconocerlo así, junto con estudiantes y profesores, cuando les expuse nuestro credo de Hispanoamérica.

Nosotros —les dije— constituimos muchos estados distintos pero una sola nación verdadera. Y tan lejos estamos de aceptar nuestra disgregación política como algo definitivo, que en la hora actual nadie puede llamarse sinceramente patriota —de México a la Argentina— si no pone su alma y sus manos en la obra más grande que se lleva a cabo entre nosotros, que es la modelación de la comunidad hispanoamericana.

Rubén nos ha precedido a todos en el concepto y en el afán, y lo ha hecho —cerremos así la comparación de la doble musa dariana, tema de esta disertación— no en virtud de su lírica sino en virtud de su épica, confirmando con ello, al igual que Virgilio Marón y Paul Claudel, su condición de poeta sumo.

* * *

Y he aquí, señores, cómo es imposible hacer aun un leve escarceo sobre Rubén, sin desembocar en el gran tema de la patria común. Y es que el gran poeta es el padre de nuestra patria grande. Esta es hoy una promesa inminente; pronto será una realidad incontenible. Sólo una vidente tan grande como él pudo haber infundido en los hispanoamericanos esta conciencia íntima de unidad, de la que parte el vigoroso movimiento de integración que viven ahora nuestros pueblos. Lo que la espada dividió, vuelve a unirlo la pluma, y la lira es buena para arrullar el nacimiento de una gran nación.

Cuando el bello proceso esté al fin consumado, que nadie se olvide de este gran precursor —mejor diríamos, de este vivo fermento— que tanto ha contribuido a producir el noble milagro: Rubén Darío, padre de la patria grande.